

Exaltación y muerte del lector en la *Recherche*

por *Analía Melamed*
(Universidad Nacional de La Plata)

RESUMEN

En este trabajo se siguen los recorridos que las diversas concepciones proustianas de la lectura establecen para mostrar que todos ellos parecen conducir a la disolución o muerte del lector: porque se rinde ante a la autoridad del texto, porque vuelto hacia sí no encuentra nada fijo ni estable sino un puro fluir de yoes que emergen y desaparecen o porque abandona el papel de lector para finalmente convertirse en artista.

LIBERTAD — ALIENACIÓN — DISOLUCIÓN — LOCURA — CREACIÓN

Lectores, lecturas y experiencias de lectura son fundamentales en la trama de la novela proustiana, en la constitución de los personajes y en la demostración ficcional de su estética. De los numerosos episodios de lectores y lecturas, se desprenden concepciones diversas y contrapuestas, una reflexión ficcional sobre la lectura entre las que se destaca el giro hacia el lector y su libertad interpretativa, que sin embargo no es excluyente. Conforme a lo que llamaríamos el espíritu general de la novela en la que se advierte el despliegue de una potencia nihilizadora, veremos que las variaciones en torno a la figura del lector, en particular si nos centramos en el héroe, parecen conducir también a su disolución. El trabajo propone estudiar la ambigüedad de la experiencia de lectura proustiana en dos recorridos contrapuestos: la lectura como salida de sí del lector hacia el mundo de la obra o como la vuelta sobre el propio yo artístico. El desplazamiento de una hacia otra en la novela parece paralelo al de la trama que va desde el encantamiento del mundo infantil de Combray hasta el repliegue desencantado del adulto y la constatación de la imposibilidad de salida de sí.

Que el acto de lectura no es inocente, que tiene un carácter a veces sospechoso, problemático o al menos discutible se pone de manifiesto en las primeras páginas de la novela. Las lecturas infantiles son para el héroe una actividad casi clandestina, para la que debe refugiarse en un cuarto “donde podía encerrarme con llave, para aquellas de mis ocupaciones que exigían una soledad inviolable: la lectura, el ensueño, el llanto y la voluptuosidad” (1992: 23). Por su parte, la abuela señala el carácter debilitador de la lectura cuando se manda al niño a leer durante los días de lluvia: “así nunca se le hará un niño fuerte y enérgico, decía tristemente, y más esta criatura que necesita fuerza y voluntad” (1992: 21). Desde otro punto de vista, Swann en los diálogos con el abuelo del héroe y las tías Flora y Celina objeta la distorsión y la banalidad que implica la lectura matinal del diario. Y en cierto sentido adelanta lo que podría llamarse la crisis del lector burgués:

Lo que a mí me parece mal en los periódicos es que soliciten todos los días nuestra atención para cosas insignificantes, mientras que los libros que contienen cosas esenciales no los leemos más que tres o cuatro veces en toda nuestra vida. En el momento en que rompemos febrilmente todas las mañanas la faja del periódico, las cosas debían cambiarse y aparecer en el periódico, yo no sé qué, los... pensamientos de Pascal, por ejemplo... y, en cambio, en esos tomos de cantos dorados que no abrimos más que cada diez años es donde debiéramos leer que la reina de Grecia ha salido para Cannes, o que la duquesa de León ha dado un baile de trajes. (1992: 39)

En este y otros pasajes Proust anticipa posiciones de Benjamin: la prensa, instrumento de la burguesía en el capitalismo, impone una forma de comunicación específica, la información, que pone en crisis la narración, la novela y la posibilidad de experiencia. También

se lo puede vincular con la avidez de novedades de Heidegger como forma de impropiedad, de la caída del *Dasein*, del desarraigo.

En ese contexto de Combray, el episodio del beso de la madre, cuando el niño logra dolorosamente que su madre pase la noche con él leyéndole *François le Champi* de George Sand, presenta los paradigmas de lectura que se contraponen a lo largo de la novela. En esta escena, en la devoción del héroe ante el texto se advierte el primer modelo de lector que aspira a encontrar una verdad en la obra y que podría decirse se somete a la autoridad del texto. El niño, no acostumbrado a leer novelas, “consideraba un libro nuevo, no como una cosa de la que hay muchas semejantes, sino como una persona única, sin razón de existir más que en sí misma. Y se me representaba como una emanación inquietante de la esencia particular de *François le Champi*.” (1992: 57). Esta concepción de la lectura que reencontramos luego en la adoración juvenil por Bergotte, supone que la obra es portadora en sí de verdad o de belleza y hasta suele incluso identificar la obra y el autor, transfiriendo propiedades de una a otra. De modo que aquí la lectura consiste en la capacidad de penetrar en el “mundo incógnito” de la obra al cual el lector “aspira elevarse” como dice el narrador respecto de los libros de Bergotte.

En textos ensayísticos, previos a la escritura de la *Recherche* sobre todo los referidos a Ruskin y a Sainte Beuve, Proust es sumamente crítico de esta forma de lectura. Así, sostiene sobre Ruskin que cae en una distorsión al dar “excesiva importancia a la letra de las obras” (1975: 310). Y que creer, como Ruskin, que la verdad o la belleza son cualidades inmanentes a la obra conduce a distorsiones tales como la idolatría artística y el fetichismo. Si la verdad está en la obra, ese rendirse ante su autoridad, implica admitir que el lector es nada ante un texto que lo es todo. No obstante este patrón de lectura reaparece de manera intermitente a lo largo de la *Recherche* al sostener, por ejemplo en *La fugitiva*, que la lectura de ciertas novelas “acaban con la costumbre y nos vuelven al contacto con la realidad de la vida” (1993: 161).

Como modelo contrapuesto, la lectura de la madre en ese episodio inicial anuncia el giro hacia la libertad del lector que establece sus criterios de lectura e interpretación. La madre recorta fragmentos del *François le Champi*, eliminando las escenas amorosas, construyendo sobre esa base otra obra a la luz del cristal moralizador con el que lee. Esto nos remite a “Jornadas de lectura” donde encontramos que “...la verdad no podemos recibirla de nadie, tenemos que crearla nosotros mismos” (1975: 284). No es, dice Proust, algo exterior al pensamiento y que —gracias a una tarea casi meramente material— se recoge como un fruto o se deja copiar en un cuaderno, por el contrario, la verdad se presenta como un ideal que en cada caso debe realizarse merced al esfuerzo íntimo del pensamiento (1975: 365). Como sostiene Julio Moran en “Las lecturas según Marcel Proust” la crítica de una concepción de la lectura (el lector alienado) lleva a Proust a otra diferente (el lector creador) (2001: 103).

Entonces el lector, al ponerse en juego en la lectura, no puede sino encontrarse a sí mismo. Esto culminará en la afirmación (de *El tiempo recobrado*) de que todo lector cuando lee es lector de sí mismo. Cada lector es lector de sí mismo, anticipa posiciones de la hermenéutica pues refiere al desdoblamiento del yo del lector cuando lee y a que comprender es comprenderse ante un texto. En ese reconocimiento de sí en el texto deviene como propio aquello que en principio resulta extraño. Pero al mismo tiempo, esta autocomprensión es posible a través del cristal de la obra, de manera que el lector debe en cierta medida distanciarse de sí al aceptar la perspectiva que el instrumento óptico de la obra le ofrece. Cada lector es lector de sí mismo habilita también la multiplicidad de lecturas y la imposibilidad de una interpretación última y definitiva.

Sin embargo, esta concepción de la lectura como vuelta hacia el propio yo lector cobra otro sentido en la novela, particularmente en *Albertine disparue*. Como sabemos su escritura es posterior a la de *El tiempo recobrado*, de manera que podría encontrarse en este texto donde escribe sobre la muerte de Albertina que la tesis de la vuelta sobre sí del lector es llevada al extremo y hasta el absurdo. Aquí encontramos posiblemente el momento más solipsista de la novela, cuando constata que “El hombre es el ser que no puede salir de sí mismo, que sólo en sí mismo conoce a los demás, y, al decir lo contrario, miente” (1993: 43). En este texto se advierte una especie de compulsión a la lectura: el héroe rememora los días de Albertina como páginas de un libro, asimismo su dolor se vuelve una lectura constante al que en cada despertar se recupera, dice, como la lectura de un libro en la misma página en que lo dejó. Y a la vez toda

lectura en cuanto sugiere asociaciones con el pasado común con Albertina se vuelve insoportable. Porque al leer “de cada idea como una encrucijada en un bosque parten tantos caminos diferentes que cuando menos lo esperaba me encontraba ante un nuevo recuerdo” (1993: 141, 142).

Si la lectura es una vuelta del yo sobre sí mismo, aquí se subraya el hecho de que la composición de ese yo consiste en una superposición inestable de estratos sucesivos. No hay un yo substancial sino una subjetividad vacilante, fragmentada e intermitente, un yo lanzado a constantes metamorfosis. Sostiene el narrador “Mi vida me pareció algo (tan) desprovisto del soporte de un yo individual idéntico y permanente” (1993: 197). De manera que entonces el héroe en *La fugitiva*, que no puede dejar de leer, porque su propio dolor toma la forma de una lectura, que no puede salirse de sí mismo, cuando lee encuentra en su yo un punto de fuga, su propia obsesión, un vacío.

En este sentido se puede comprender la breve referencia a Proust de Ricardo Piglia en *El último lector*. Según las categorías con las que Piglia estudia las representaciones del lector en la literatura, el de Proust, en cuanto no cesa de leer, sería un lector puro en tanto que la lectura no es una práctica sino una forma de vida. Se trata de un lector adicto. “Hay una larga relación entre droga y escritura, pero pocos rastros de una posible relación entre droga y lectura, salvo en ciertas novelas (de Proust, de Arlt, de Flaubert) donde la lectura se convierte en una adicción que distorsiona la realidad, una enfermedad y un mal” (2005: 21).

Podríamos decir que los dos recorridos de lectura conducen a una suerte de disolución del lector: o bien porque se pierde a sí mismo en la obra, como el yo receptor artístico musical de Schopenhauer, o bien porque al volver sobre sí se disuelve en la propia nada de una sucesión de yoes fugaces e intermitentes que remiten a Hume.

Sin embargo la lectura de la madre adelanta también otra posibilidad para el lector, que en parte se encuentra ligado al propio itinerario de Proust como lector. ¿Cómo superar la devoción hacia los autores y obras admirados? ¿Cómo no sucumbir ante la autoridad de las obras maestras? ¿Cómo resistir a la propia contingencia? Proust como lector lleva la admiración al límite, lo que lo conduce a imitar voluntariamente esos textos admirados. Hay un eco de esto en Benjamin quien consideraba la copia como auténtica lectura en el sentido que

sólo el texto copiado puede dar órdenes al alma de quien lo está trabajando, mientras que el simple lector jamás conocerá los nuevos paisajes que, dentro de él, va convocando el texto, esa carretera que atraviesa su cada vez más densa selva interior: porque el lector obedece al movimiento de su Yo en el libre espacio aéreo del ensueño, mientras que el copista deja que el texto le dé órdenes (2005: 21-22)

Sin embargo Proust es un copista irónico de modo que en él la copia se convierte en otra cosa: copiar es escribir al modo de, es decir, la imitación la convierte en parodia. La lectura se resuelve en la escritura. En ese sentido, surge un lector cocreador, como la madre del héroe que recrea el *François le champi* a su modo. Un lector sería un lector o un creador que a través de sus obras lee oblicuamente otras obras. Se produce entonces la paradoja del lector, esto es, que al disolver el texto y el autor, este queda convertido en otro autor que se anonada a sí mismo al quedar a su vez sometido a las leyes generales de los autores.

Finalmente, sobre la base de esta concepción de un lector creador, el héroe de la *Recherche* resulta un lector fallido. Conocemos su propósito de escribir, pero no su obra. El héroe no es quien escribe sino quien va a escribir una obra de la que nada se sabe. Mientras tanto continúa atrapado en su compulsión por la lectura, como Proust en la compulsión de la escritura. El héroe, entonces, un lector que no llega a ser autor, como dice Piglia se convierte en un héroe trágico, un empecinado que pierde la razón porque no quiere capitular en su intento de encontrar el sentido.

BIBLIOGRAFÍA

Benjamin, Walter (2005). *Dirección única*, Madrid, Alfaguara.

Moran, Julio (2001). *Proust más allá de Proust*, La Plata, De la campana.

Piglia, Ricardo (2005). *El último lector*, Buenos Aires, Anagrama.

Proust, Marcel (1992). *En busca del tiempo perdido. 1. Por el camino de Swann*, Madrid, Alianza.

Proust, Marcel (1993). *En busca del tiempo perdido. 6. La fugitiva*, Madrid, Alianza.

Proust, Marcel (1987-1989). *A la recherche du temps perdu*, versión de Jean-Yves Tadié, Paris, Bibliothèque de la Pléiade.

Proust, Marcel (1975). “En memoria de las iglesias asesinadas” y “Jornadas de lectura”. *Los placeres y los días. Parodias y miscelánea*. Madrid, Alianza.